

destinado á las casas de las indias, el día anterior á la salida de Miraflores de sus buenas amigas rancheras; quiso que sus protegidas hallaran el nuevo domicilio provisto de esos artículos de primera necesidad.

Levantando sus brazos al cielo, las maravilladas indias, pedían á **Tatica** Dios que derramase todos sus dones sobre la **niñá**, porque bien sabían que ella fue la que pertrechó de alimentos todas las respectivas cocinas.

En efecto, cuando fueron á despedirse, Armida no les mentó esos donativos. Pero ellas lo adivinaron, sabían discurrir: por inducción, al punto apareció clara la deducción seguida de la certeza razonada y por ende, inmovible.

Los indios ó **ganado manso** tenían grandísimo deseo de complacer á la **niñá** y también al Espíritu del Río que la salvó de las aguas. Consecuentes con ese anhelo, desde el siguiente día comenzaron á visitar á las desnudas, apenas medio cubiertas con los delantales de esterilla que la **Jefa**, de vez en cuando les regalaba. En la primera conversación con las salvajes, las vecinas las instaron que se fueran con ellas á ver las casas tan bonitas donde vivían. Algunas de las más intrépidas, por curiosidad, sentimiento innato, convinieron en ir á ver **eso**. La **Paúla**, la especie de Sibila de la ranchería, hízolas sentar sobre las camas para que tantearan lo mullido del colchón, de paja nueva y la gran almohada de lo mismo.

Derrepente se acostó, poniéndose á roncar, adrede, para significar lo pronto que en la buena cama se dormía la gente. Una salvaje llamada entre ellos Cotorra, tendióse en otro lecho diciendo que si tuviera una cama como aquella no volvería á dormir en el suelo como allá en el rancho.

—Pos la tenés desde que querrás: ponte ropa como á yo y te dan casa como esta.

—¿Y á las otras de los ranchos?

—A toditicas. ¿No espiais todas las casas que están levantadas? Pos todas son pa los de los ranchos: se las dan como a yo me dieron esta.

Aquella primera visita surtió muy buen efecto: por todos los ranchos circuló la noticia de que les darían casas tan bonitas como la que vieron. No hay para qué decir que las visitas menudearon, que todas las salvajes registraron curiosamente las casas nuevas; que abrían y cerraban veinte veces las llaves de las pilas, encantadas de ver salir el chorro de un canuto, sin que, por el contorno **ispiaran** agua alguna. Lo que sí podemos afirmar es que antes de ocho días todas las desnudas rabiaban por tener casas como aquellas. Para eso precisaba que se vistieran.

Ahora comenzaba el Magisterio de los hombres. Raimundo y Secundino serían los catequizadores.

Fuéronse muy temprano á los ranchos preguntando á los indios, si aquel día iban á la pesca, porque tenían gana de ir con ellos. Todos dijeron que sí.

—Hombre, dijo Raimundo, si me prestaras caña y anzuelo también yo podía pescar algo.

—Si te presto, á vos y á tu compañero, si quiere.

¡Ah! todos los hombres tienen buenos instintos fraternales!, tratadlos bien, y lo bueno se irá desarrollando: ejerced con ellos la fuerza coercitiva, no tardará en aparecer la fiera que, si puede, os hará pedazos.

Los dos **maestros**, olvidando que aquellos mismos con quienes estaban platicando quisieron comérselos en tiempos, fuéronse con ellos á la pesca. La sanguinaria práctica, gracias al valor de una intrépida mujer, había desaparecido por completo; no tuvieron, pues, los civilizados, temor alguno de seguir á los salvajes que, en gran número encamináronse al río. Cuando comenzó la pesca, Raimundo y Secundino, arrollando sus pantalones hasta las ingles y lan mangas de camisa hasta los hombros, metiéronse en el agua. Con sus avíos de pesca, que ellos sabían manejar porque muchas veces habían practicado el oficio, cogieron una media docena de peces no pequeños. Quiso la buena suerte que uno de los salvajes, con una punta de roca, se hiciera un fuerte rasguño en lo más alto del muslo. Ese incidente dió pie para la plática catequizadora.

—Hombre, dijo Secundino, ¿por qué no te ponés calzones?

El otro rióse, contestando:

—Eso, estorbará mucho.

—No, Nada; y no se rasguña uno el cuerpo como te sucede á vos.

—Será emporroso pa pescar.

—¿No ispiaiste como saqué yo los pejes sin mojar los calzones?

—Pos se lo voy á decir á la Cotorra, pa ver si le gusta que á yo me ponga eso. Pero en los ranchos nuay de esos trapos.

—Pero el señor amigo de vuestra **Jefa**, el señor que vino de **abajo** tiene muchos calzones paque vos y los otros, si querés, se los pongan.

—Pos antoce si todos se los ponen á yo tamién.

Diálogos como el anterior repetíanse todos los días.

Cuando, un mes más tarde, hubo casas en abundancia,

llegó de Miraflores un cargamento de ropa hecha; tanto de hombres como de mujeres. Si no alcanzaba para dar dos mudas, como las máquinas funcionaban sin descanso ya se completaría el número.

El Arquitecto quiso presenciar la Ornamentación de esos edificios desnudos. Acompañado de Ester que, como autoridad suprema, tenía que presidir el acto, y de otros artesanos que llevaban bultos de ropa, fueron de rancho en rancho repartiendo piezas, según el número de hombres que allí había. La ropa confeccionada alcanzó para la primera vestimenta de todos. Algunos no sabían cómo ponerse los pantalones. En tal caso acudía el arquitecto á sacarlos de ese apuro, poniéndose él mismo la pieza, la camisa y enseñándoles á meter la falda por dentro y á sujetar el todo con el cinto de cuero abrochado con gran hebilla plateada, para que aquel dije reluciente gustase mucho á los salvajes. Es verdad que los calzones grandes, le arrastraban al bueno de Carmona... ¿Y eso qué? el complaciente artista, tan bueno para un fregado como para un barrido, arrollábase el sobrante de la pieza y ¡Cristo con todos! De ese modo fué enseñando á los indios inhábiles que, después de todo, nunca las habían visto tan gordas, porque jamás habían usado indumentaria alguna. Ya vestidos, los hombres con camisas de telas rayadas de colores vivos y pantalones de dril oscuro, con listas rosas ó amarillas, lucían muy bien: de un salto pusiéronse á gran distancia del salvaje desnudo á lo bestia.

Después de atender á esa maravillosa transformación la **Jefa**, con sus ayudantes, fuéronse á buscar las ropas de mujer. A poco tiempo volvió con Mariquita y los compañeros cargando los envoltorios que dejaron á la puerta de los ranchos según Ester les tenía avisado, temiendo que las pobres ignorantes de aquel sentimiento llamado vergüenza, sentimiento el más importante para la vida civil, fuesen á echarse abajo sus delantales de esterilla, quedándose en pelo ante los hombres europeos. Había que evitar eso: Ester quiso, desde luego, implantar allí las primeras nociones de aquel sentimiento, único, potente freno, capaz de sujetar la impetuosa corriente de las pasiones feas, que, por desgracia, abundan en la sociedad.

La Jefa y Mariquita fueron vistiendo á las indias, poniéndoles camisetas y enaguas, abrochando y desabrochando aquellas para que conocieran el sencillo mecanismo. No las vistieron ropa interior: eso vendría después cuando ya estuviesen acostumbradas á portar esta primera vestimenta. Las telas de las sayas tenían dibujos de alegres colores para que agradasen á las neófitas y las usaran con gusto.

Al día siguiente Ester y su ahijada retornaron á los ranchos, llevando una carga de quincallería. Allí no faltaban gargantillas de cuentas doradas, sortijas con piedras brillantes de todos colores y muchos espejitos para que las mujeres se mirasen en ellos.

Todo ello fué examinado y bien manoseado por las agraciadas, especialmente los espejos, que, al verse retratadas en ellos, al instante le daban vuelta para ver si por detrás estaba la cara aquella que se veía en la luna.

Ester sonreíase con cierto dejo de tristeza pensando que algunos monos ejecutan la misma acción... Al otro día volvió Ester y Mariquita; pero esta vez no fue á los ranchos sino á las casas del **ganado manso**. Entre las dos llevaban un cargamento de peines y batidores, un gran rollo de cinta roja y un botellón de aceite.

Venían, dijeron á las indias, encargadas por la niña de Miraflores, que enseñaran á peinarse á las otras, que les dieran mucho aceite en la cabeza porque el pelo estaría hecho una maraña: que las enseñaran también á lavar y peinar á los chiquillos y que la ropa para vestirlos la recibirían al otro día.

La Paúla comprometiése á desempeñar esa faena un tanto repugnante, diciendo:

—A yo las peinaré, porque esas bagamundas ni on eso saben.

Olvidando que años otrás ella misma fué una india desgreñada y desnuda; pero ya se sabe que “con las glorias se olvidan las memorias”.

El caso es que, valiéndose de su poder de Sibila, á la cual sólo faltaba la tripode, dos días después, las salvajes ya no parecían tales. Bien aceitadas, peinadas, con cintas rojas en la cabeza, collares y sortijas, bien podían codearse con sus maestras.

Los maridos decían á las flamantes conversas:

—¡Ah! chará! que ya vos no te parecés. Si no fuera la conocencia á yo pensaba que sos otra.

Las mujeres, por su parte no se quedaban cortas.

—Pos no estás vos poco bonito con esos trapos, á yo tamién te ispio otro.

Pocos días después todas las casas estaban habitadas por esas gentes. Primero dos familias juntas, mas, apenas surgía una nueva manzana dividíanse ocupando cada cual su casa propia. Cuando hubo listas quinientas sesenta casas los ranchos fueron definitivamente abandonados. Entonces fué cuando Ester y Mariquita abandonaron el suyo. trasla-

dándose á la primera casa que se levantó, frente por frente al edificio Templo. Como buen capitán, que no abandona la embarcación náufraga hasta ver á todas sus gentes en salvo, ella no dejó su rancho sino cuando vió á todos sus salvajes encarrilados por el terreno de la civilización.

No hay para qué decir la gran admiración que esos trasiegos les causaba á los indios.

La Paúla, siempre lista allí donde hacía falta, se encargaba de explicarles esas metamorfosis.

—¿No tenías antes un buen Jefe que vos querias mucho? Pos él mandó la gente de abajo pa que vos trajera todas estas cosas buenas.

Entre estas familias sucedía lo que en todas las tribus primitivas, que deifican á sus muertos Jefes. El Cisne fué considerado por ellas como Divinidad. Error que daría buenos resultados cuando más tarde, en el Templo, se expusieran por medio de pláticas dominicales, las excelencias de la Moral Cristiana. Para esos séres incultos, de seguro, el Gran Maestro que representaba el cuadro, sería su Jefe Cisne. Siendo muy probable que obedecieran al Mandato. Cuando, más tarde, surgiera instruida la nueva generación, las creencias serían otras: el intelecto iluminado, caminaría impávido por la senda de la verdad... Ni más ni menos sucede con nuestros eruditos contemporáneos: no hay medio de hacerles creer que lo blanco es negro: ni vice versa.

La gran inteligencia del hombre le conduce tan alto que sólo se detiene ante la insuperable barrera que le opone un Sér por siempre incognoscible. Ahí la Ciencia bajando humildemente la cabeza, reconoce su impotencia incapaz para atravesar los límites que separan al hombre del Eterno, sin Principio ni Fin...

Con intervalos de quince días, las casas para el pueblo habían llegado todas: por consiguiente tuvo Sorel que volver al puerto algunas veces: sus amigos le acompañaron siempre en esos viajes. Los edificios costaron en globo la friolera de dos y medio millones. Pero no faltaba dinero. En las noches que precedían á esos viajes, la familia del Bosque pernoctaba en Miraflores.

En tales noches siempre la amante y solícita Angelina pretestando desvelo, conseguía que su amado se acostase primero. Sentábase á la cabecera leyendo á media voz, con la entonación más monótona posible, cualquier impreso adormecedor: el fin se conseguía. Al día siguiente, al partir César, ella no salía al patio á despedirle: por entre los cristales veíale alejarse. El, por su parte, aunque los otros se

quedasen, volvía en la noche á reunirse con su amante compañera.

Esa situación terminó cuando, ya recibidos todos los edificios, cesaron los viajes á Belén.

Cada Empresa constructora mandó sus casas pintadas de distinto color. Las primeras, como se sabe, eran con pintura rosa, segundas amarilla, terceras celeste, cuartas violeta claro y las quinta y última remesa era blanca con ráfagas rosadas imitando mármol jaspeado. Al terminarse la erección, el pueblo presentaba un bonito tablero de los colores indicados.

En esa distribución de matices metió mano el arquitecto: quiso que los colores fuesen colocados de modo que resultase un todo artístico. Combinados con maestría el conjunto destacóse bellamente. Carmona ordenaba de cuál tinte debía ser esta calle, de cual la otra. No se daba punto de reposo: ya á los pinceles, ya á la elección de colores para las calles, ello es que, cual ardilla, no cesaba de moverse.

Algunos artesanos, riendo, le decían:

—Maestro, Ud. nos dijo allá que se casaría en esta tierra, vemos que no va á cumplir su palabra...

—Hombre! hombre! Si no tengo tiempo! Apenas termine mis cuadros ya veréis si cumplo.

Y la verdad: el artista había echado ojo á una arrogante moza, hija de los antiguos moradores de la ranchería. Esa lozana flor silvestre tenía mucho **aquel**, buenos ojos, formas macisas, esculturales... A fuer de arquitecto sabía apreciar en su justo valor la arquitectura humana. Conocía bien á la muchacha porque era la encargada de cuidarle la ropa blanca y con ese motivo la veía con frecuencia.

¿Por la cuestión de razas? Ese era asunto baladí. A ese respecto recordaba cierta frase de un Rey, casi contemporáneo: cuando algún íntimo amigo le indicaba algún desliz de la consorte casquivana, contestaba filosóficamente "es bueno atravesar las razas". Pues cuando aquella testa **doblemente** coronada lo dijo, bien estudiado lo tendría. ¿Por clases? ¡Cá!, en un pueblo socialista no privan esas distinciones inventadas por los más fuertes para pisotear á los más débiles. Pues si me caso, será con Argentina. Soy mucho mayor de edad... pero quién sabe...? Y dándose un vistazo en el espejillo de su tienda, continuó: Veo que aun no estoy mayormente viejo que digamos. Ni canas, ni arrugas... ¡Bah! La fe de bautismo la lleva cada cual en su cara. ¿Qué importan los años cuando se exhibe el aspecto joven? ¡Sí, señor!; yo estoy joven todavía! ¿A qué debo

ese beneficio? Hay que ponerlo en cuenta á mis sanas costumbres. No hay duda, el ser morigerado alarga la mocedad. Es posible que la muchacha no me rehuse por viejo.

Al terminar el monólogo, Carmona corrió á coger el pincel, murmurando: ¡Caramba! lo que yo digo! qué ahora no tengo tiempo! Con mi largo soliloquio he perdido de pintar la última oreja de Judas.

El artista, á la sazón, daba los últimos toque al gran cuadro del Cenáculo. Ahí estaba el Cristo con los doce apóstoles, celebrando la última cena. No hay para qué decir la perfección de esa obra. El gran Maestro estaba representado en el acto de partir el pan; los semblantes de los apóstoles eran perfectamente expresivos. Al día siguiente el cuadro se terminó. Entonces comenzó el tercero y último lienzo. El artista, considerando que ese sería el más detenido, el que pedía para su buena ejecución todo el esfuerzo del arte, habíalo dejado para el último, cambiando su primera idea que fué pintarlo en seguida del "Sermón de la Montaña". Tal vez tardaría mucho en concluirlo; teniendo listos los dos primeros, podría extenderse más en el último. Había qué representar bajo las sombras de la noche, las inmediaciones del Portal y aún las lejanías. Para facilitar un tanto esa dificultad ocurrióle el ingenioso artista, simular nuestro satélite en su plenilunio lanzando, desde el Zenit, sus luces apacibles. A favor de ese invento podría representarse el paisaje alumbrado por tintes indecisos, pero visibles. La luz estelar que rodeaba la cueva permitiría reproducir claramente la escena del interior. Un mes empleóse en terminar la obra. Este cuadro era realmente una maravilla. Si hubiera por allí poetas, hubieranle dedicado composiciones del género sublime, porque la pintura aquella era esencialmente poética.

En primer término, la cueva alumbrada por misteriosa luz estelar, exhibía sobre un artefacto lleno de paja un precioso niño que ya alzaba las manecitas, sin duda previendo su misión futura. A la cabecera de ese pobrisimo lecho, la Virgen María con un blanco lienzo en las manos en actitud de tomar al infante: á los pies, un varón de venerable aspecto, no joven pero tampoco viejo, sonreía plácidamente mirando al niño. Al fondo, en semioscuridad, los dos cuadrúpedos que asistieron á un suceso de tan grandes, trascendentales consecuencias.

Fuera de la gruta veíase, á la suave claridad del plenilunio, una serie de pequeñas lomas cortadas por mesetas, donde se columbran semiclaros, los sembrados de diversos

tamaños. Más allá la cordillera ostenta indecisas siluetas, imágenes perdidas de lejanas arboledas: todo ello salpicado, á trechos, de blancas manchas simulando nieve. En árboles cercanos despojados de sus hojas, colgaban de las escuetas ramas algunos témpanos de hielo. Estábase en pleno invierno. Un grupo de pastores descendía de la meseta más cercana figurando que unos ya casi tocaban la cueva mientras otros quedaban un tanto rezagados. El cielo azul oscuro extendía su diáfano manto sobre todo el paisaje, mientras la reina de la noche seguía su derrotero en él.

No podemos reproducir exactamente con palabras la belleza conmovedora de ese cuadro. Si hay alguien que quiera admirar su gran mérito artístico, que se de una vuelta por el Brasil. En llegando á la capital de la Provincia de Pará, ahí le informarán dónde radica el pueblo del Espíritu, famoso en todo el Imperio, por ser cuna del socialismo; ya bien informado, nuestro o nuestros viajeros váyanse á ese pueblo y visiten el pequeño Templo de la Moral, donde se albergan los tres grandes, valiosos cuadros pintados por don Aurelio Carmona. Después que, con prolijidad examine las tres obras, han de confesar al fin que la del Portal se lleva la palma, pues aunque las otras dos son magníficas, ésta invade el sentimiento.

Ya terminados sus trabajos, el artista quedó libre para pensar seriamente en su alianza con Argentina. El nombre también le seducía. ¡Una República que en tan pocos años había progresado tanto...! ¡Vamos! la muchacha progresaría también...! Pronto veremos los grandes progresos de la india. Como era hombre tan activo no desmintió su fuerte en este asunto. El primer día que llegó la joven á llevarle unas camisas, la abordó incontinenti.

—Oyes, Argentina, te gustaría tener un marido como yo?

—¡ Ah, señor! ¿Onde voy yo á conseguir eso? Los nuestros no son como vos.

—Sí, ya lo sé. Pero lo que quiero saber es si te gustaría un hombre que fuera parecido á mí.

—¡ Como nó! Me casaría con él, pero aquí no hay deso.

—¿ No pensarías que era viejo para ser tu marido?

—Si lo ispiaba como vos, no, porque á yo no me parecés viejo.

—Pues entonces: si no teparezco viejo, ¿quieres casarte conmigo?

—¡ Tatica Dios me valga! El señor está chianciándose.

—¡ No, mujer! Yo no chanceo con esas cosas. Si me

quieres me caso contigo muy pronto: apenas esté listo el Templo, que ya pronto estará.

—Pero vos sos de abajo; sos rico y blanco..., á yo pienso que no me tendrás querencia.

—Sí, Argentina, te querré mucho, y tú me querrás un poco, ¿verdad?

—Poco nó. ¡Muncho, muncho!, si decís la verdá. Pero vos sabés lengua bonitica, á yo poca y fecilla.

—No tengas cuidado: yo voy á ser tu maestro en todo. Antes de un año sabrás hablar tan bien como yo.

—Pos antoce...

—Pues entonces queda cerrado el trato y lo sello dándote este abrazo y este beso en la frente. Y diciendo y haciendo, abrazó y besó á la india, la cual no quedó poco regocijada con ese primer gaje de amor.

Así fué como el arquitecto, mano á mano con la joven, arregló su contrato matrimonial, sin intervenció de tercera persona. Ahí no hubo circunloquios ni preliminares discursos amatorios, protestas ni melifluos juramentos, que no pocas veces hacen caer de alturas ideales á jóvenes esposas que creyeron en ellos.

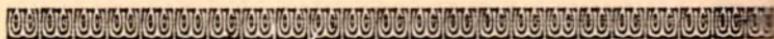
Hemos de hablar un poco del Mister. Ya se habrá sospechado que el tal amaba á Mariquita. Cuando Ester se mudó, el día antes habíala dicho una salvaje.

—Ya tenemos casas boniticas; ¿Por qué vos no te mudás?

—¡Pues es verdad! contestó sencillamente, voy á irme á una casa.

Y se fué á la esquina de la plaza, como se ha dicho. Vivía en habitación rosada. No tardó el yanqui en ir á visitarla luciendo corbata de igual tinte, lo cual, á todas luces, quería decir que portaba los colores de su dama.

Don Alberto, que también estaba presente, conoció al punto la fina galantería del Mister. Propúsose, pues, tener una conferencia con él en breve plazo.



CAPITULO L

TRES BODAS ESTREMAN EL TEMPLO

DE LA MORAL

Cuando dejaron la visita, don Alberto, tomando del brazo al yanqui, llevóselo como en son de paseo á la colina aquella de donde bajaba el agua que surtía la población. De allí dominábase á vista de pájaro todo el caserío ya levantado. La perspectiva era alegre y graciosa. Don Alberto ya había comenzado el trasplante de palmas á medio crecer para que terminaran su respectivo desarrollo en el solar común de cada manzana.

Sentáronse en el ribazo y Sorel, para comenzar, dijo:

—¿Qué le parece á Ud. el caserío?

—¡Muy bonito! De esta pequeña eminencia se domina todo el perímetro. Cuando haya arboleda en el centro de las manzanas y las casas exhiban sus jardines llenos de flores, la perspectiva será deliciosa.

—En efecto, abundo en su opinión. ¿Tendría Ud. gusto de habitar definitivamente en este pueblo?

—¡Ya lo creo! Dentro de tres ó cuatro años esto, con su pintoresco caserío rodeado de árboles y flores, será un verdadero paraíso.

—¡Cierto! Pero quizá no le gusta á Ud. el Gobierno que regirá la población.

—¿Y por qué no? Ud. es el Gobernador, y un sujeto de tan relevantes prendas, no podrá implantar un Gobierno malo.

Don Alberto, después de inclinarse dando gracias, prosiguió:

—Tengo la íntima convicción de que la Ley que haré vigente en mi pequeño Estado, es la única buena y verdade-

ra que todas las grandes agrupaciones sociales debieran practicar. Eso no lo hacen ni lo harán, porque los pueblos carecen hoy de Moral intrínseca. Para practicar el sistema socialista, que será el implantado por mí, es preciso recibir una sólida educación, impartida por maestros idóneos que atiendan mucho más á la enseñanza moral que á la científica. Y esa instrucción que debe impartirse oralmente, desarrollarse paralela al aprendizaje del abecedario, continuándola diariamente sin intermitencias, por ser tan importante al desarrollo del espíritu en sentido del bien, como lo es el alimento para el desarrollo físico. Nada de poner en manos de la niñez libros cuyo contenido no entiende, ni menos atterrarla con amenazas de ultratumba... Esa clase de instrucción consigue á la larga formar hipócritas, nunca hombres de correcta conciencia. Yo persigo el mejoramiento intrínseco de mis gentes por medio de la enseñanza oral y continua. Cuando el niño llegue á la joven, es seguuro que se habrá asimilado los bellos preceptos de la Moral Cristiana, y practicará gustoso el Socialismo que, bajo otro nombre, no es otra cosa que la **Buena Nueva** que el Gran Maestro mandó publicar por toda la tierra, hace muy cerca de veinte siglos. La ambición de muchos y la Moral Utilitaria de todos, han sido las enormes barreras que hasta el presente han interceptado el paso de la Luz. Algún día caerán esos baluartes; esos insuperables obstáculos de hoy serán mirados con desprecio, dándoles de lado cuando los hombres de recta conciencia excedan en gran número á los que la tienen torcida. Tengo fe en ello. No es una utopía: es cosa realizable el día que los hombres entren espontáneamente por la senda del bien... En una sociedad implantada bajo mi sistema moral, no se pueden consentir de modo alguno costumbres disolventes. El hombre necesita una compañera: el imperio de la Naturaleza se la impone. ¿Dónde, pues, hallará Ud. una mujer, cuando en mi pueblo no serán permitidos **Templos de Venus**? Ud. desea habitar esta pequeña y bonita ciudad: no deseo yo otra cosa. He creído que el deber me impone hablarle á Ud. claro. Si sus tendencias de Ud. le inclinan poderosamente al celibato, es Ud. libre para habitar aquí; pero si los naturales impulsos le piden amor, váyase á un pueblo de blancos, escoja mujer á su gusto y retornen los dos, seguros de que tendré gran placer en que sean mis vecinos tan apreciables sujetos.

El Míster había escuchado sin pestañear esa larga arenga, contestando al fin, ó mejor interpelando á Sorel.

—¿No habrá en el pueblo ninguna mujer que me quiera?

—¡ Pero si todas las que hay disponibles son indias...!
—Eso no importa. Aquí hay una india que me gusta mucho.

—¿ Y és?

—Aquella que sabe hablar inglés.

—¡ Ah! ¿ Entonces se refiere Ud. á Mariquita?

—Sí, señor, es una joven que me encanta...

—¡ Muy bien! Entonces ¿ qué piensa Ud. hacer?

—Si ella me quiere, deseo que sea mi esposa.

—¡ Muy correcto!

—Quisiera que Ud. la dijera algo sobre el asunto, para averiguar si la joven siente alguna simpatía por mí. La verdad es que no me atrevo, por temor á una repulsa...

—¡ Ya, ya! Ud. me confiere el papel de mediador...?

—Justamente: el rechazo viene algo atenuado cuando el interesado no le recibe frente á frente.

—¿ Quiere Ud. que si Mariquita conviene arregle yo todas las condiciones?

—Todo lo que Ud. disponga en el asunto, lo aceptaré con gusto; pero no olvide Ud. decir á la joven que la quiero mucho, ni tampoco el motivo que me impide declararme á ella misma: no me atrevo á afrontar una rotunda negativa.

—¿ Querría Ud. estrenar el Templo con su boda?

—¡ Oh, sí! ¿ Falta mucho para terminarlo?

—Dentro de quince días estará listo. Ahora mismo voy á conferenciar con Ester y su futura de Ud. Por ciertos indicios creo que Ud. saldrá favorecido en sus pretensiones.

—¡ Así sea! terminó el pretendiente encaminándose á su casa. A la sazón él y Carmona habitaban en común, un edificio color celeste.

Don Alberto fuese á casa de Ester, donde, en presencia de Mariquita, formuló la petición del yanqui. Las dos mujeres la aceptaron sin más preámbulos. Ester, porque el sujeto pareciale de buenas prendas: la chica, porque desde que vió la aureola roja y los azules ojos no cesó de pensar en ellos. Como el mediador tenía plenos poderes, concertó las nupcias para el día que se terminara el Templo, es decir: quince días después.

—Ahora, señora mía, creo que Ud. debe invitar á Mister Ruy para que haga una visita diaria á su novla. ¿ Qué hora tendrá Ud. desocupada durante el día? Porque sé bien que Ud. estará presente siempre en esas entrevistas.

—¡ Ya lo creo! Ese señor puede venir todos los días, de

—¡ Muy bien! voy al momento á darle la fausta noticia. las doce á la una ó dos de la tarde.

El buen señor me nombró su intermediario porque desconfiaba, temía fuese rehusada su petición.

—Para eso sería preciso que el sujeto no le fuera simpático á mi pequeña. ¿Verdad que te gusta Míster Ruy?

—¡ Oh! mucho! contestó francamente la chica.

—¡ Pues, adiós! es decir hasta la vista. Mucho me gusta ir reuniendo gentes de valer en mi pequeño Estado. El Cristo decía á sus Apóstoles "Id por los caminos y vallados y hacedles entrar para que se llene mi casa". Ojalá tuviese yo alguien que hiciese ingresar á otros aquí para que se llenara mi pueblo.

—Con el tiempo! terminó Ester.

Don Alberto, que dicho sea de paso, siempre conservó entre los indios el pristino nombre conque le bautizaron allá, en la ranchería, Espíritu del Río, fuese en derechura á la casa azul, donde Carmona y el Míster, á la sazón reunidos, hacíanse mútuas confianzas de los flamantes proyectos matrimoniales. Al llegar un tercero cesó el dúo para convertirse en trío, diciendo el Embajador á Ruy.

—Mi papel de diplomático no tiene gran mérito; no ha sido preciso emplear la astucia y reticencias solapadas, que, generalmente, usan esos políticos. Sin argumento de ningún género, mis condiciones fueron aceptadas con benevolencia. Puede Ud. visitar á su futura todos los días, de las doce á las dos de la tarde.

—¡ Magnífico! dijo el Míster, tendiendo las dos manos á su mediador. Ud. me ha prestado un valioso servicio. Esa incertidumbre me hizo pasar muchas noches sin sueño... temí enflaquecer. Ya esta noche, gracias á su feliz intervención de Ud. dormiré en paz.

—Entonces, dijo Carmona, comprendo que el asunto está arreglado. Y ahora, señor Sorel, me parece oportuno tener la honra de anunciarle que yo también me caso.

—¡ Cómo! ¿ Es posible?

—Tan posible que pienso efectuar mi boda el mismo día que Míster Ruy efectúe la suya.

—¡ Ud. me da un alegrón con tal noticia! pero no veo en el pueblo novia para un artista. Solamente la de Míster, es instruída y además muy bella, no hay qué negarlo.

—Pues hay otra que si no está bien educada es porque no ha tenido una maestra como Ester. De su instrucción me encargaré yo. Soy gran partidario de las obras de misericordia: ya sabe Ud. que la primera de las espirituales dice: "Enseñar al que no sabe". No me conformo con saber de memoria y repetir la frase centenares de veces; eso no con-

duce á nada útil. Yo quiero que aquel precepto se traduzca en hechos tangibles, que se vean y se toquen: así no podrá dudarse del verdadero cumplimiento de esa buena obra.

—Bien sé yo que Ud. es de los míos, dijo Sorel, ¿pero quién es ella?

—Es Argentina, hija de uno de los matrimonios que antes habitaron la ranchería de Miraflores.

—No conozco esa joven, pero desde que Ud. la elige, mérito tendrá.

—No es una belleza; no obstante, es graciosa, sin cuya cualidad, la hermosura, por grande que sea, pierde mucho de su valor. También la simpática atracción que se desprende del gracejo personal, es mucho más durable que la que exhibe una beldad correcta pero fría: en fin, Ud. la conocerá no ahora, sino el día de mi boda. Naturalmente Ud., como Gobernador, será nuestro padrino. En los pocos días que faltan para el casamiento, Argentina aprenderá á poner su nombre para que firme el contrato. Na vaya Ud. á burlarse de la letra: considere que hasta ayer que comenzó el aprendizaje no tenía ella ni noticia de letras; pero ya sabe escribir la A, dentro de nueve, escribirá todas las letras de su nombre. Algunos ejercicios sobre el mismo tema, y ya estará lista para la firma. Este no es más que un pequeño preliminar de la enseñanza que voy á impartir á mi ignara media naranja. Pero le aseguro á Ud. que en uno ó dos años quedará transformada en señora instruida: es muy inteligente.

—Un hombre de las condiciones de Ud., es muy capaz para ejecutar al vuelo grandes metamorfosis. Los pinceles manejados por Ud., en poco tiempo exhiben maravillas. No será, pues, remoto, que en corto plazo saque Ud. á flote una inteligencia que se asfixia en la penumbra por falta de luz.

Al terminar las pláticas, don Alberto fuese al Templo. El piso estaba concluido. Era de ladrillos mosaico blanco y rojo. Las tres altas ventanas que á cada lado se abrian en las paredes, tenían cada una cuatro grandes cristales de los cuatro colores azul, rojo, amarillo y blanco. Cuando la luz solar reflejaba allí, formábanse en el piso bonitos iris. Los cuadros ya colocados cada uno en su nicho, formado por un reborde de un pie de altura, bellamente tallado y dorado, se distribuyeron como sigue: al centro "El Sermón de la Montaña", "El Portal" á la izquierda, "El Cenáculo" á la derecha.

Cada uno de los cuadros llevaba al pie una tablilla de ébano que tenía grabada, en caracteres dorados, la expli-

cación de lo que representaba. Ahora se trataba del ornamento interior del Templo. En el exterior estaba pintado, color amarillento jaspeado de negro, imitación de mármol. El zócalo, de un metro de alto, era de zinc pintado color piedra. El techo interior del edificio era raso, pintado celeste. A don Aurelio le ocurrió salpicarlo con algunas estrellitas de las mayores: la gran constelación de Orión exhibíase perpendicular al cuadro central. Faltaban algunas cosas para el ornato. En consecuencia, Sorel tenía que hacer viaje para comprarlas. Dió la noticia á sus futuros ahijados, los cuales ofreciéronse para acompañarle, de paso comprarían unas frioleras para sí mismos.

Si durante los trabajos de erección el Gobernador dejaba á Carmona allí como su representante, ya no había necesidad de ello. Hacía días que todas las familias artesanas habíanse instalado en el pueblo. Don Alberto en recompensa de las ropas confeccionadas para los desnudos, que habían sido muchas centenas de piezas para vestir hombres, mujeres y chiquillos, trabajo que aún continuaba, regaló á las muchachas su respectivo ajuar de casa. Así, al ingresar en las flamantes habitaciones, halláronlas provistas de los muebles y artefactos de primera necesidad; después cada dueña de casa, introduciría en la suya este ó el otro objeto de adorno según el gusto. Entre el menaje figuraban las máquinas de coser: á la sazón, cada muchacha tenía la suya. Y como no les faltaba aquel buen sentimiento llamado gratitud, consecuentes con sus generosos impulsos, y queriendo de algún modo demostrar su agradecimiento al desprendido señor, que tanto bien les hacía, seguían y seguirían cosiendo ropas hasta que aquellas gentes tuviesen siquiera unas tres mudas. No había por el pronto trabajos que vigilar: podía el señor Gobernador emprender viaje sin dejar sustituto. Fuéronse los tres á despedir de Ester por un par de días. Cumplida esa formalidad, Carmona escapóse un momento para dar su adiós á la futura.

Los padres de la novia, que muy gustosos y ufanos con tal alianza habían dado su venia, recibieron al futuro yerno con mil agasajos. Este sacó del bolsillo un papel que tenía escritas, bien claras, tres letras y dijo á la novia.

—Hija, tengo precisión de hacer un viaje á la capital; estaré ausente dos días. Vamos á ver si con esta muestra puedes imitar las letras que están en ella. Ya ves, una A, que ya tu sabes hacer: una R, que no sabes, y una G, que tampoco sabes: las tres juntas dicen Arg, ya ves que poco va faltando para saber escribir tu nombre. Toma este lápiz bien

afiledo para que marque bien. Conque pon cuidado en imitar la muestra. Espero que á mi vuelta ya sepas escribir eso. Si pintas las letras cuatro ó cinco veces te van saliendo más bonitas cada vez.

La muchacha ofreció aprender aquello en los dos días. Y en efecto lo aprendió. El deseo de agradar empuja grandemente: deshace las dificultades en poco tiempo. Despidióse el flamante profesor dando la mano á los padres y un apretón á la discípula, que se quedó algo tristonza con la ausencia.

Sorel vivía solo en una casa blanca jaspeada de rosa, imitación mármol. Sus comidas hacíalas en casa de alguna familia artesana; hoy aquí, mañana allí, para evitar preferencias, porque toda aquella gente se desvivía para obsequiarle. Quizá más adelante Angelina y César vendrían á radicarse en el pueblo: entonces habitarían con él. Ya se arreglaría eso.... Encaminóse á la casa marmórea y en pocos minutos escribió lo siguiente:

Lista de lo que necesito para el Templo:

“Un órgano de primera clase.

“Una docena de piezas de damasco de seda, color rojo,

“Quinientos metros fleco de oro de ancho regular.

“Una pila de mármol, setenta centímetros diámetro.

“Un trípode de hierro sobredorado, que tenga hueco un pie, para desagüe de la pila; ésta llevará un pequeño agujero al centro, con tapón giratorio.

“Seis grandes candelabros de plata sobredorada, que tengan cada uno tres brazos para sostener las altas velas de cera, de las cuales compraré un centenar.

“Un vestido completo de paño negro para mí.

“Contratar un organista por un mes ó más si quiere, para enseñar al artesano Rodolfo, que sabe mucha música, á manejar el teclado del órgano.”

—Si me olvido de algo, veré si lo recuerdo allá—terminó Sorel, doblando y metiendo la lista en el bolsillo.

Inmediatamente los tres viajeros, montaron á caballo y emprendieron la marcha. Tres horas después descansaban en Miraflores.

Angelina estaba allí. Todas las noches se iba con su esposo é hijo para su casita del bosque, tenía gran amor á aquella pequeña habitación que presenció su feliz Renacimiento y continuaba, testigo mudo, asistiendo á no pocas impetuosas reincidencias.... Por el día regresaban los tres á la hacienda. Sólo la vieja María continuaba impertérrita la custodia de sus lares.

Don Alberto enteróse allí de una feliz novedad. Armida, ya despojada de lazos negros, confesó su amor al joven Alberto y á toda la familia, añadiendo que estaba dispuesta á contraer matrimonio desde el momento en que el aspirante lo deseara.

Alberto, que tan paciente había sido durante la esperanza, no quiso esperar más ante la certeza, declarando que se casaría en seguida.

—Pues entonces, dijo el abuelo abrazando á los novios, hagamos tres bodas en el mismo día. Estos dos señores que me acompañan, se casarán al mismo tiempo: con esa ceremonia se estrenará mi Templo de la Moral. ¿Queréis vosotros ser de la partida, casándoos el mismo día?

—¡Sí, sí, dijo Angelina palmoteando, será muy chusco ver esas tres parejas enyugadas á la vez.

—¿Con quién se casa don Aurelio?—preguntó Armida.

—Mi futura—dijo el aludido—es una joven modesta, hija de una familia india, antigua habitante de la rancharía de esta hacienda.

—Pues entonces yo debo conocerla. ¿Cómo se llama?

—Argentina.

—¡Ah, sí! La conozco bien: es una arrogante, graciosa india. Fue ella lo que se atrevió á mirar con el antejo para ver si en la ribera opuesta estaba el Espíritu del Río. Las otras, muertas de miedo, estaban acurrucadas en el suelo mientras ella, sin vacilar, se atrevió. Si como vulgarmente se dice, “para muestra un botón basta”, ese pequeño rasgo me indicó una mayor inteligencia en esa joven que en las demás.

—Inteligencia que yo desarrollaré, terminó el novio.

—Pero Ud., don Aurelio, ¿ya vió el día del baile á esa joven?

—No, señora; no bailó sino la última pieza con una de mis compatriotas. No me fijé en las indias sino en globo. Allá en el pueblo es donde he conocido á mi futura.

—Y Mister Ruy con quién contrae nupcias?—preguntó Angelina.

—Con Mariquita—contestó el yankee.

—Es, aclaró don Alberto, con la niña huérfana que Ester adoptó. Esa no necesita aprender porque ya está instruida por su bienhechora, mujer de superior intelecto, que posee vastos conocimientos.

Después de estos diálogos, almorzaron. Entonces Sorrel pidió órdenes para la capital, pues en seguida se iba allá.

—¿Todavía más viajes?

—Sí, Angelina. Creo que éste será el último. Voy á traer lo que falta para ornamentar el Templo. Conque, alistarse los que se casan porque se estrenará con el triunvirato casamentero.

—Los manteles de altar ya están—saltó doña Toribia—ayer bordé las últimas flores de la cenefa.

—Bien, señora: sólo falta lo que voy á traer.

—Hace falta nuestra compañía?—dijo el nieto.

—No, hombre; con estos dos amigos basta.

Antes de cabalgar, Sorel sacó su lista y apuntó:

“Dos campanas pequeñas para el mirador.

“Tela impermeable para poner bajo el damasco.

“Una alfombra grande para delante los altares.

“Cantidad de fuegos artificiales para que la diversión dure por lo menos una hora.

Guardó su lista, despidiéndose talvez por dos días, los tres sujetos montaron, saliendo de la hacienda á buen paso.

A media tarde llegaron á la ciudad: dejaron sus bestias bien acomodadas y fuéronse al primer hotel que hallaron á mano. Después de comer, los tres echáronse á la calle, cada cual á sus respectivas compras. Los dos novios encamináronse á las platerías: por lo visto buscaban alhajas. Cuanto á Sorel, avistóse con el doctor Amador. Este, conocedor de todas las gentes del pueblo, le daría noticia del hombre que buscaba. Y, en efecto, el médico le indicó que había allí un pobre organista que apenas ganaba para sostener su familia: sabía muy bien su oficio pero otros más jóvenes y listos le habían suplantado. Por el momento no tenía ocupación fija. Cuando en días festivos le llamaban de algún vecino pueblo, acudía allá y ganaba algo. Y eso que era un gran profesor en su ramo. Cuando la ya cercana senectud llamara á su puerta, acabaría por hundirla en la miseria....

—¡Ah,—dijo Sorel con sentida entonación—¡Los artistas abandonados, rodeados de privaciones, en la edad que pide asistencia y descanso....! Tengo alguna noticia de esas situaciones calamitosas. Si ese pobre señor quisiera irse á domiciliar en mi pueblo, allí podría vivir tranquilo, sin zozobra alguna para el porvenir. ¿Quiere Ud. indicarme la habitación del organista?

—Voy con Ud.—dijo Amador, y tomando el sombrero salió con don Alberto.

Llegados á la casa y expuesto el objeto de la visita, el buen hombre, ya entrado en años, aceptó las proposiciones. Estaría por un tiempo en el pueblo hasta que el joven á quien iba á instruir en el manejo del teclado, pudiese tocar

el instrumento; después retornaría á Belén, porque ya estaba viejo y quería morir donde nació.

Arreglado el asunto, despidiéronse: encaminóse Amador á su botica y don Alberto á realizar sus compras que, según lista, no eran pocas. En diferentes almacenes proveyóse de todos los adornos para el Templo. En una fundición de las campanas y trípede de hierro, que si no estaba dorada ofrecieron dársela al día siguiente con ese barniz; la pila compróla en casa de un marmolista. Cuanto al ramo pirotécnico, le fue fácil conseguir lo que necesitaba en una casa que tenía por industria la fabricación de fuegos artificiales. De órgano, no le fue difícil proveerse en un gran almacén donde se expendían toda clase de instrumentos musicales. Todas las compras quedaron en los respectivos departamentos donde fueron realizadas, hasta el siguiente día que vendrían los carros á llevarse la carga, y él también á cancelar las cuentas. En la noche habló á dos carreteros de los muchos que conocía, dejándolos contratados para conducir los diversos objetos. En seguida volvió á casa del organista, y, so pretexto de que tendría que hacer gastos para el viaje, pagóle adelantada una mensualidad, consistente en ciento cincuenta duros. El pobre viejo dió las gracias, viendo el cielo abierto allá lejos, por encima de la Vía Lactea.... Con aquello podía dejar á su familia alimentación para el tiempo que él estuviese ausente.

Todavía en la noche hizo una compra por recomendación de Armida, á saber: dos piezas de fino linón, seis de finísimo encaje, tres pares de guantes, tres mantillas de punto y nueve varas de ancha cinta de seda de buena clase y ancho, propia para bandas de señora. Todos esos artículos eran blancos. Dejáronse empaquetados allí.... Al día siguiente se recogerían como todo lo demás. De ahí, ya seguro de que no faltaba nada, fue á un almacén de confecciones y proveyóse de buen vestido negro, chaleco y corbata blanca, guantes y sombrero de pelo; pagó todo eso y, con el paquete bajo el brazo y sombrerera en la mano, encaminóse al hotel. Ya estaban allí los compañeros provistos de paquetes que contenían flamante indumentaria y acaso alguna alhaja para las novias. De repente, Sorel dióse una palmada en la frente diciendo:

—¡ Hombre, tengo una cabeza de pájaros! ¿ Pues no me olvidé de comprar las velas de cera? No sé si vuelva a salir....

—¡ No, no haga tal!—dijo Carriona—Mañana temprano se compran. Ud. debe estar fatigado. ya es tarde, lo mejor

será tomar algo y dormir, Mañana revisa su lista, y lo que falte se añade.

—Don Alberto se adhirió al buen consejo: tomaron algo y durmieron toda la noche.

Al día siguiente recogieron todas las compras cargándolas en dos carretones, dióse aviso al organista, que al punto acudió con su pequeña maleta, agregándose al cargamento. Sorel y comparsa de despedieron del servicial doctor que, convidado á las próximas bodas, dijo quizá no podría darse el gusto de asistir, por los enfermos que exigían sus diarias visitas; no obstante, si podía dar una escapatoria, le tendrían allá.

Los cuatro viajeros, convoyando el cargamento, llegaron á Miraflores poco después de medio día. Sorel le entregó á la joven sus encargos. Ella los dividió, dejando para sí una pieza de linón, dos de encaje, una mantilla, unos guantes y tres varas de la cinta ancha para cinturón. Lo demás, dijo á Sorel lo entregase á la joven artesana costurera en fino, para que hiciera los vestidos de novia á Mariquita y Argentina, que al efecto le mandaba un figurín para que se guisase por él. Ella, haría el suyo igual. Las dos señoras, Toribia y Antonia—ambas primorosas en confecciones— se encargarían de eso.

Los viajeros detuviéronse muy poco en Miraflores: había gran premura por llegar á Espíritu. Apenas tomaron un tente en pie, Sorel dijo:

—Es preciso que lleguéis al pueblo dos días antes de las ceremonias nupciales. Que vaya toda la familia, sin olvidar á la anciana María. Como doña Antonia llevará su pequeño será oportuno que haga el viaje en coche. ¡Conque adiós! No olvidar que de hoy en doce días las espero á todas sin falta.

—No lo olvidaremos, querido abuelo!

Y ¿cómo olvidarlo, si allí iban á realizarse sus sueños dorados?

Seguidos del cargamento, los cuatro viajeros emprendieron la vuelta á Espíritu...

¡Y llegó el fausto día! El Templo deslumbrante de luz y flores, traídas para el caso de los jardines de Armida, aguardaba á las tres parejas y sus padrinos. Las paredes tapizadas de damasco rojo, con elegante cornisa de ondas, presentaban aspecto regio. Los ricos manteles de altar, de color blanco, bordados con ancha cenefa de seda y oro, los velos pajizos con guarnición de plata, las dieciocho bujías colocadas en los seis candelabros de tres brazos, ardiendo todas á la sa-

zón, lanzando sus resplandores sobre la bella alfombra que ante los tres altares extendiase, todo ello exhibía aspecto suntuoso. El órgano colocado en un pequeño camarín que al efecto había construído detrás de los altares, lanzaría sus armonías hacia el Templo, por las dos puertas con doradas guarniciones que se abrían á los dos lados del altar central. Las campanas pequeñas, pero sonoras, funcionaban por medio de una delgada cadena que, travesando el techo, caía por detrás de una de las hojas de aquella; era doble, atados los extremos al correspondiente badajo, el campanero podía tocar una ó las dos á la vez.

El organista, sentado ante el instrumento, aguardaba la señal. Le acompañaban los tañedores de flauta, clarinete y requinto, á quienes el complaciente señor aleccionó para que acompañasen la salve que iba á tocarse allí.

La gente de Miraflores, que había llegado dos días antes, los novios y padrinos estaban en expectativa en la Gobernación. A última hora llegó á escape el doctor Amador, pero venía vestido de fiesta. No hizo más que apearse, y el solicitó arquitecto, con un cepillo, limpióle el polvo de la levita y demás: arreglóse un poco el cabello frotándose cara y manos con florida, pues á fuer de inteligente médico, sabía lo antihigiénico de lavarse con agua, estando el sujeto acalorado.

Desde luego ese señor quedó incorporado á la falange de padrinos.

Sonaron las campanas. Acto continuo comenzó el desfile. Las tres novias vestían con igual sencillez: trajes de linón blanco, enagua redonda, adorno de encaje, mantillas blancas, guantes de igual color, pocas alhajas y flores naturales de aromático azahar. Si Armida estaba ideal, Mariquita encantadora, Argentina, sin tanta belleza, estaba muy guapa y salerosa. En ese atavío puso mano el artista que, con gran paciencia y habilidad, le calzó los guantes después de frotar las manos repetidas veces con polvos olorosos. Ello es que la muchacha quedó muy galana y el novio muy satisfecho del adorno de la cabeza compuesto con azahares colocados por él artísticamente.

Las madrinas iban lujosas. Angelina, doña Antonia y Ester, vestidas de seda, de color claro, menos la última, que luciale de gró negro, el gran collar de diamantes y á la izquierda del pecho su insignia de Señora Cruzada. Las otras portaban ricas alhajas, pero no podían parangonarse con el soberbio donativo de la Emperatriz. Las tres con mantillas de punto negro, guantes blancos y abanicos de nácar. Los

hombres, todos cortados por el mismo patrón; paño negro, chaleco, corbata y guantes blancos, con sombreros de pelo. César, don Gabriel y Amador fueron los tres padrinos. Al llegar la comitiva cesó el repique comenzando á funcionar los instrumentos. El Templo estaba atestado de gente. Casi todo el vecindario congregóse allí luciendo sus mejores trapitos. Las artesanas y consortes muy compuestas, de velo, guantes y abanico, al uso de España. Las indias aun no estaban á esa altura; muy limpias cubrían la cabeza con pañuelos de seda. Las recién vestidas no se atrevieron á concurrir á la fiesta; miraban de lejos.

Sonaron los instrumentos llenando los ámbitos del Templo de atrayentes armonías. Novios y padrinos acercáronse al Altar Mayor iluminado y descubierto, los otros dos tenían luces, pero yacían cubiertos por sus velas.

El Gobernador, apoyado en la mesa de Altar, extendió el contrato, lo leyó y firmó, hizo señas á Carmona, por ser mayor en edad y á la consorte Argentina, ambos firmaron, ella con caracteres bastante legibles, luego los padrinos César y Angelina estamparon su nombre. Llamado el Mister, acercóse con Mariquita, y el Gobernador extendió y leyó el segundo contrato, firmado por los tres; Ester y don Gabriel fueron los padrinos. El último, por ser el más joven, fué Alberto, que con Armida, acercóse á la mesa. Sorel practicó igual ceremonia con ellos que con los anteriores, todos firmaron, siendo aquí padrinos doña Antonia y el antiguo médico de Alberto. Las tres parejas estaban casadas en buena Ley.

Doña Toribia, que para esto de arreglar refrescos y banquetes no se dormía en las pajas, tenía gran festín, preparado en la Gobernación. Las muchas diferentes viandas de que se componía fueron preparadas antes de los casorios en las casas de las respectivas artesanas y conducidas por ellas mismas, apenas salieron del Templo al gran salón de Temis, donde doña Toribia las distribuyó con elegancia sobre la mesa. Allí las gallinas rellenas, las carnes mechadas, el lechoncillo asado al horno, las palomas en escabeche, el gran pollo frito con tomates, los peces menores en salsa, las ensaladas de lechugas, de rabanillos, con aceite, vinagre y rodajas de huevos duros, papas rellenas fritas, formando flores, etc. Para postres, torta portuguesa, crema de leche con bizcochos finos, mantecados, bienmesabe, buñuelos, huevos hilados, arenillas... Para terminar, diremos que este segundo banquete en las bodas de Armida y compañeros, no fue inferior al otro que, allende los mares, en el Ho-

tel de la Reina, celebróse en honor de sus primeras nupcias. La gran diferencia fue la falta de un Sancho, que, como allá, usurpara alguna paloma trufada; pero consistió en que acá no había criados... Es claro que los licores no faltaron en el festín.

Mientras terminan las sabrosas viandas, diremos que la vieja María abandonó el bosque para venir á ver la fiesta, viaje que efectuó en coche, acompañando á doña Antonia y al chiquitín. En las bodas púsose inmediata al Altar para ver bien á su Albertito. Al terminar las ceremonias, quedóse muy cavilosa: nunca había visto casar así, ni tenía noticia....

—En fin—dijo monologando—cuando don Alberto lo hace... bueno será; pues no sabía que era Padre! Y mi Señor Jesucristo, allí estaba mirando...! ; Nada! Que son modas nuevas que yo no entiendo porque soy vejestorio.

Y quedóse tranquila.

Después del banquete tratóse del retorno á Miraflores, pero Sorel les dijo que pasasen otra noche en el pueblo: se trataba de dar un espectáculo á los indios. Todos accedieron. Informada Ester de que iban á quemarse fuegos artificiales, temiendo que los súbditos se asustaran, se propuso estar junto á ellos durante la fiesta. Avisó á todos los de la ranchería y los más salvajes, que al anoecer vinieran á los alrededores de la plaza donde verían una cosa bonita.

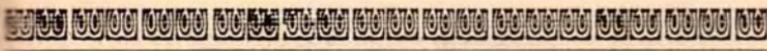
Todos en masa concurrieron al sitio, pero muchos avanzaron dentro el perímetro de la demarcación.

Los artesanos corrían de un lado á otro alineándolos. Entonces fué cuando Ester, Mariquita y el esposo, Carmoña y consorte se esparcieron entre la multitud arengándola, porque las tres mujeres sabían la lengua, para que no entrase á la plaza, pues la diversión era hecha con fuego y corría peligro el que se introdujese allí. Las indias de Miraflores, especialmente los varones, ayudaron en eso por saber la lengua y porque algunos habían visto en la capital fuegos artificiales. Así se les tuvo á raya; además la **Jefa** y los dos matrimonios, permanecieron entre ellos. Los fuegos comenzaron con gran número de cohetes que espercían por el aire rápidas luces de diversos colores, árboles de fuego, ruedas lanzando busca-piés por todos lados, toros de fuego que corrían por la plaza, estrellas, castillos, y cada rato vuelta á los grandes cohetes de ruidoso estallido, etc., etc.

Pintar el asombro de los pobres indios, no es posible. La diversión duró una hora, en cuyo tiempo, la admiración, el miedo y la alegría se entrechocaban en el magín de aque-

lla multitud que apenas comenzaba á soltar el pelo de la dehesa. Al terminar la fiesta, todo el mundo retornó á su casa, los indios no acababan de alabar á la gente de **abajo**, diciendo que aquellos hombres vinieron del otro mundo. Sin saberlo, decían la verdad: los quemadores de los fuegos fueron los artesanos, y ellos no eran del nuevo sino del Viejo Mundo. Angelina, César y María se quedaron algunos días con don Alberto. Castañeda y Alberto fuéronse para sus casas de la hacienda. Ya Armida tenía compañero: no había para qué custodiarla. En consecuencia la antigua aya y su marido trasladáronse á la casa nueva. Cuanto á doña Toribia, á ruego de Angelina, que sabía de antemano la mudanza de doña Antonia, acompañó á la joven pareja, instalándose en Miraflores.





CAPITULO LI

EL SOCIALISMO

Quince días después, Angelina y César, acompañados de María, dejaban el pueblo, ofreciendo á su padre volver pronto á domiciliarse definitivamente en él. Tenían qué disponer algo por allá... en el bosque. Antes de ir á la suya, detuviéronse casa de su hijo. Allí, porsupuesto, reinaba la felicidad paradisiaca. Los dos muchachos estaban locos de contentos. Como Alberto era apasionado cazador, ella arreglóse una saya estrecha y un tanto corta: armada de un pequeño fusil, seguía al esposo, metiéndose ambos por esos trigos, donde, unas veces matando volátiles y otras descansando en el césped muy juntitos, pasaban la gran vida Amor, salud, riqueza, todo sobraba allí... ¿Qué les faltaba para ser completamente felices? Nada! Las almas buenas, cuando son verdaderamente dichosas, quieren extender algo de su gozo en torno; que las demás gocen también. En la cabeza de esos dos privilegiados jóvenes, bullía un proyecto que muy pronto tomaría la forma de hecho consumado.

Hemos de decir, retrocediendo un poco, que apenas terminó el banquete de bodas allá en el Espíritu, el médico Amador, en buena bestia de fresco, que Sorel le facilitó, marchó á escape, proponiéndose, cambiar otra vez de cabalgadura en Miraflores á fin de llegar á la ciudad siquiera á las siete de la noche. El cuidado de sus enfermos le reclamaba: dejó un sustituto, pero eso apenas por el día. Ofreció al Gobernador volver al pueblo cuando el estado sanitario del puerto fuese bueno. No había visto á Espíritu sino en globo, quería más tarde examinarlo con detención: merecía la pena de echarse al colete unas once leguas... aquel día, de ida y vuelta, tuvo que correr veintidós leguas. Buenas

bestias y buen jinete, á las ocho de la noche tomaba el pulso al más grave de sus enfermos.

Alberto y Armida, cuando supieron que los padres iban á dejar la casa del bosque, trasladáronse allá: Alberto tenía qué traer su Garza, ingratamente olvidada desde el día de la boda. Ya se ha dicho que “con las glorias se olvidan las memorias”.

Si algún refrán merece tomarse en cuenta, ese, mejor que ningún otro, es digno de mención honorífica, por la verdad que encierra.

¡Cuántas memorias hemos visto olvidadas! La cosa es triste, pero cierta!

Cuando llegaron á la casa, íbase María á su laboratorio culinario á disponer algo bueno para los niños.

—¡No, no!—la dijo Armida—no vaya Ud. á cocinar: ocúpese en guardar sus santos, sus ropas de uso.... ¿Qué más llevará María?

—Nada más, dijo Angelina, en el Espíritu hay toda clase de menaje. Entre César y yo hemos convenido en rifar la casa repartiendo los números á todos los peones de Miraflores. El agraciado la recibirá tal cual está provista hoy, con muebles y utensilios de cocina. Solamente nos llevaremos los libros y las ropas usuales.

—Yo, dijo Alberto, me llevo la ropa que aún tengo aquí, y esto.

Y diciendo y haciendo, apeó la zancuda, que dejó caer de bajo un ala el pedazo de tela del vestido de Armida, que en tiempos, teniendo él fuertemente agarrada la falda, rugió el huracán, rompióse la tela, quedando el trozo entre su mano, mientras ella arrastrada por la copa del árbol centenario, corrió río abajo.

—¡Ah! ¿Lo tenías guardado?—dijo la joven.

—Sí, los dos grandes recuerdos juntos. Y tú ¿conservas algo del pasado?

—¡Sí, tres plumas....!

—Ah, ya sé! Qué placer cuando te ví besarlas!

—Son las plumas que faltan en esta ala. Allá vas á dármelas para pegárselas.

—Sí; quedará más bonita con los dos lados igualmente parejos.

Los otros esposos habían ido á su aposento á recoger ropas, de paso hicieron calurosa despedida al templo de su renacimiento: de buen grado hubiesen pasado allí todos los días de su vida.... Pero la voz imperiosa del Deber ordenábalos irse á vivir con su padre que no tenía familia pro-

pia, se empeñaban en obsequiarle. Era, pues, preciso **quemar las naves**. Por eso regalaban su delicioso nido.

Ante el Deber, hay siempre que doblar la cabeza, haciendo á un lado el sentimiento. . . . ¡No olvidéis eso! ¡Solo el Deber cumplido es capaz de hacer felices á las gentes. . . . ! ¡Y nada otra cosa! Repetimos, millares de veces que no lo olvidéis!

Hechos los bultos con ropas y libros, volviéronse para la hacienda. María quedóse esperando la carreta que no tardó mucho en llegar: cargóse con todo lo arreglado, retornando al punto de partida. No sin pena dejó María su albergue de diecisiete años. Echó un vistazo á los alrededores tirando por última vez, algunas migajas á sus alados parroquianos del bosque, que diariamente venían á tomarlas allí. Soltó una lágrima en són de despedida y cerrando la puerta echó á caminar.

Por suerte ella quería mucho más á su hijo César que á todos los guacamayos, loros y cotorras habidos y por haber.

La garza, que Alberto tuvo buen cuidado de llevar á la mano, fue depositada sobre la repisa de una rinconera, dejando para después la composición del ala. Separando estaban las ropas, cuando vieron asomar por la llanura un jinete, que al galope de brioso corcel encaminábase á la casa.

—Será un mensajero del pueblo, dijo César.

—¡Ah, no!—repuso Alberto—trae en la mano una jaula. . . .

Pronto acabó la duda, cuando Alberto exclamó:

—¡Mi querido Mentor!

—¡Mi joven Telémaco!

Y echando pie á tierra, el viajero con el brazo libre, pues el otro sostenía una jaula, abrazó efusivamente al joven que lleno de alborozo le correspondió.

Don Miguel Pérez, pues él era en persona, alargó á Alberto la bonita prisión de alambre dorada que encerraba dos preciosos canarios, diciendo:—apenas llegué supe por Amador que Ud. se había casado. Conociendo bien esta comarca no aguardé más que á dejar en seguridad mi pacotilla, partiendo á escape para poner en manos de Ud. este pequeño regalo de boda.

—No tan pequeño: estos pájaros son lindísimos y muy raros en el país.

—Pues en la próxima Primavera póngalos Ud. en una jaula mayor; hágase unos neditos artificiales y sujételos á los ángulos, pronto tendrá Ud. nuevos pájaros, porque ésta es una pareja; son casables.

Por más que instaron al donante para que se detuviera alomenos por un día en la hacienda, no hubo forma de reducirle: no aceptó. Tenía que irse al momento á cuidar los trescientos canarios traídos de muy lejos, de allá, del islote Alegranza, cazados con no poco trabajo. El cargamento no era un grano de anís; valía algunos miles de duros. No podía perder tiempo. Aceptó un ligero refresco y ofreciendo volver después, partió, desapareciendo del llano, como fuego fatuo.

Preparada la lista para la rifa, convocóse á todo el personal trabajador de la hacienda, que al reclamo de sus patronos, acudió al punto. Don Gabriel, que conocía á todos los fué nombrando uno á uno para saber si faltaba alguien, diciendo después:

Señores, se va á rifar una casa entre todos ustedes. Es preciso que estén presentes sin quedar ninguno rezagado:

—Estamos aquí todos, dijo el señor Lucas—hombre ya maduro.

—¿Sabeis lo qué es una rifa?

—Sí, señor, dijeron varios, es como un juego de lotería: á unos les sale el premio y otros pierden el dinero que les costó el número.

—Pero aquí no perderéis nada, porque no vendemos los billetes sino que regalamos los números. El que salga agraciado se llevará la casa. Los otros no perderán nada: es una regalía que queremos hacerles,—terminó César.

Los peones saludaron dando las gracias. Leídos los nombres y números, el último, que fué el siete, correspondió al nombre de Lucas. Todos quedaron conformes porque, justamente, el señor Lucas, era muy estimado entre ellos. César se levantó y dando una llave al ganancioso, dijo:

—Le entrego la llave de su casa. La hallará Ud. provista de muebles, utensilios de cocina y hasta un espejo grande. Las camas tienen colchones, almohadas y colchas de abrigo. Ojalá Ud. encuentre en la casa algo de la dicha que yo he disfrutado en ella. Puede Ud. disponer hasta de una manzana de terreno para que forme huerta inmediata á la habitación; ello forma parte de la rifa porque ese pedazo es dependencia de la casa.

El señor Lucas, con el dorso de la manga, limpióse unas lágrimas que hizo brotar la gratitud.

Ya se retiraban, cuando Alberto les detuvo, diciendo: —Señores, no se marchen todavía: tengo que hacerles una proposición. Siéntense todos: hemos de hablar un rato.

Todos sentáronse otra vez, principiando el joven á explicarles su idea.

—Hasta hoy, todos ustedes han trabajado en esta Hacienda ganando jornal. Al fin de año ¿les sobra á ustedes algo de ese salario?

—¡ Ah, no señor! dijo Lucas, que por lo visto, era el más apto para contestar, el jornal apenas nos alcanza para mal comer y vestir un trapo.

—Pues bien; yo voy á cambiarles esa situación tan precaria. De hoy en adelante trabajaréis, sí, pero á fin de año tendréis dinero sobrante de todos vuestros gastos.

—¿ El señor será tan bueno que quiere subir nuestros jornales?

—¡ Nada de eso! No volveré á pagar salario á ninguno de vosotros.

—¡ Ay! entonces nos vamos á morir de hambre?

—¡ De ningún modo! Yo tendré cuidado de prestarles todo el dinero que vayan necesitando para mantenerse hasta el tiempo de la recolección.

—¿ Y después de dónde cogemos plata para pagarle al señor?

—De las cosechas, que serán vuestras, y no mías. Yo solamente tomaré una parte igual á la que corresponda á cada uno de vosotros. Os pido esa parte porque os entrego el terreno ya sembrado y listo para dar cosecha inmediata. A no mediar esa circunstancia, toda la cosecha sería vuestra. Más claro: Si el cafetal de la hacienda lo hubierais sembrado vosotros trabajándolo sin ganar jornal, yo no podría tener ninguna parte en él, porque no habiendo aunado mis fuerzas con las vuestras para formarlo, trabajarlo y ponerlo en estado de producción, no sería justo que yo exigiera retribución alguna; si hoy la pido es porque, como ya dije antes, os cedo el cafetal ya en estado de producción.

—Pero señor, dijo el consabido Lucas, la tierra es de Ud.

—Antes sí, ahora no. Después de implantar aquí mi nuevo modo de gobierno, os declaro que la tierra es de todo el que quiera y pueda trabajarla. El que guste, puede sembrar milpas y socolas, toda clase de cereales, leguminosas y tuberculosas, ó lo que es lo mismo, granos que den harina, frijoles, garbanzos, arberjas, ó bien papas, moniatos ó camotes, ñames, tiquisque ó cualquier otro siembro. En esas cosechas, á no ser que yo vaya personalmente á trabajar con vosotros, no tengo, ni pido, parte alguna.

—¡ Eso no puede ser, señor! porque á lo menos el esquilmo...

—No habrá esquilma! No admitiré nada de lo que, con

vuestras fuerzas hayáis adquirido, sin asociar yo las mías. Comprendo que Ud. señor Lucas, y todos los demás, tengan dificultad en entender este nuevo sistema. Yo voy á presentárselo más claro para que comprendan lo ventajoso que es para los trabajadores.

Los grandes cafetales de esta finca han producido muchas veces cuatro mil quintales de café. Suponed que uno con otro el quintal se venda á onza de oro. Vendida toda la cosecha rendirá cuatro mil onzas. ¿Sabe alguno de vosotros cuantos miles de duros contiene esa cantidad?

—Creo que no, señor; no sabemos cuentas.

—Bien, yo voy á decirlo: mil onzas, son dieciseis mil duros, valor de los mil quintales. Si le añadimos otros mil sube la cantidad á treinta y dos mil duros, y doblándola con los otros dos mil quintales la suma total que nos resulta será, justamente, sesenta y cuatro mil duros. Ahora bien; suponed que el dueño del cafetal gaste, lo pongo por lo alto, treinta mil duros en pagar salarios ó jornales. De los sesenta y cuatro mil duros rendidos por la cosecha, si os pagó treinta mil ¿cuánto le sobra al patrón?

—¡Ah! es muy feo decirlo, contestó siempre Lucas, pero deveras; no sabemos nada!

—Si nada sabéis es porque nunca os enseñaron nada; vosotros no tenéis la culpa: yo sé quién la tiene. Por ahora no trataremos de eso sino de nuestro asunto. Al patrón le sobran de los gastos de la cosecha treinta y cuatro mil duros, sin haber puesto mano en el trabajo, porque si hay cuentas que llevar, siempre tiene algún dependiente asalariado que ejecute ese ramo. ¿Habeis entendido bien?

—Sí señor.

—Entonces ¿sabéis ya por qué hay pobres y ricos?

—¡Ya lo creo! sí señor. No sabemos cuentas pero lo otro sí lo entendemos bien.

—¿Y qué pensáis de ese modo de ganar sin trabajo?

—Pensamos que si los peones no trabajamos, el café se cae al suelo, porque no hay quien lo coja, y entonces el patrón no se hace rico sino pobre.

—¡Esa es la pura verdad! El dueño de la finca se enriquece con el trabajo de vuestros brazos y os paga un jornal que apenas os alcanza para vivir. Yo ñ oquiere que en esta hacienda, vuelva á trabajarse bajo esa costumbre de pagar salarios. En el ramo de ganadería regirá también el nuevo sistema. Todos los terneros que nazcan de hoy en adelante, serán de los pastores que cuiden las vacas. Si fueren cuatro los que atiendan á cuarenta reses, el día que los terneros,